Imprimir

Después de las masivas protestas de No Kings, necesitamos campañas no violentas más grandes y disruptivas que puedan volverse virales y erosionar los pilares de apoyo de Donald Trump.

Entre las muchas buenas razones para no perder la esperanza, la primera es que la resistencia popular está creciendo, como se vio en las recientes protestas de No Kings, las más grandes en la historia de Estados Unidos. (Craig F. Walker / Boston Globe vía Getty Images)

La democracia estadounidense está contra las cuerdas. Donald Trump y sus patrocinadores multimillonarios están haciendo todo lo posible por transformar nuestro país en un Estado autoritario como Hungría o Rusia, donde las apariencias de la democracia institucional enmascaran un descarado gobierno autocrático.

La caída en picado de la popularidad de nuestro presidente podría no importar tanto si su administración es capaz de ignorar los resultados electorales o de distorsionar el mapa electoral de tal manera que sea casi imposible sacar a los republicanos del poder mediante el voto.

Demasiados demócratas y líderes sindicales ingenuamente confiaron en que los tribunales nos salvarían. Pero la Corte Suprema ha dado luz verde a la toma de poder de Trump y parece dispuesta a revocar la Sección 2 de la Ley de Derecho al Voto, el último gran obstáculo legal que impide a los republicanos privar del derecho al voto a millones de demócratas y votantes negros en todo el Sur.

¿Estamos perdidos? Trump sin duda quiere hacernos creer que es imparable. Ante la implacable ofensiva de su administración contra los inmigrantes, la libertad de expresión, los servicios públicos y el gobierno de la mayoría, es normal que a veces caigamos en la desesperación. Pero no hay necesidad de rendirse, y existen *pasos* concretos que todos podemos dar para recuperar el país mediante la resistencia no violenta. Como nos recuerda Stacy Davis Gates, presidenta del Sindicato de Maestros de Chicago (CTU), el

trumpismo “no se detendrá solo en los tribunales o en las urnas”.

Razones para la esperanza

Entre las muchas razones para no perder la esperanza, la primera es que la resistencia popular está creciendo, como se vio en las recientes protestas “No Kings” impulsadas por Indivisible, las más grandes en la historia de Estados Unidos. En segundo lugar, las políticas de Trump son impopulares y un gran número de estadounidenses busca una alternativa viable. En tercer lugar, si la oposición al autoritarismo y a la mala gestión económica se extiende lo suficiente, una ola electoral anti-Trump en 2026 y 2028 aún podría ser lo suficientemente grande como para desbordar las maniobras electorales. En cuarto lugar, Trump es muy mayor y no es evidente que el movimiento MAGA pueda sobrevivir a su megalómano líder.

Los episodios autoritarios en el extranjero suelen fracasar

Existe además una quinta razón, menos comentada, para evitar la desesperación: los episodios autoritarios en el extranjero tienden a fracasar. Un estudio reciente de Marina Nord y cuatro coautores analizó todos los episodios autoritarios desde 1900 y descubrió que un número sorprendentemente elevado se ha detenido y revertido en un plazo de cinco años, un proceso que denominan «giros en U». Su estudio reveló que «el 52 % de todos los episodios de autocratización se convierten en giros en U, porcentaje que aumenta al 73 % al centrarse en los últimos 30 años» (véase la figura 1).

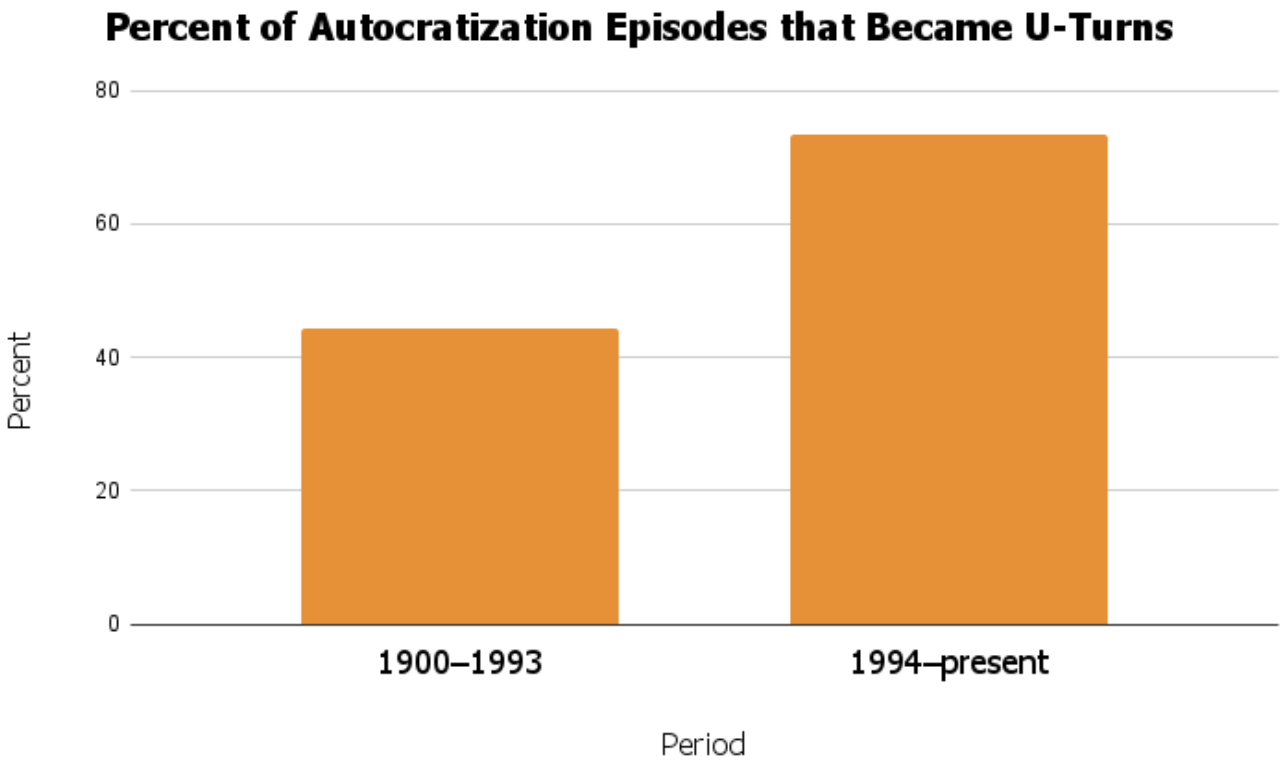


Figura 1. Fuente: Nord et al., “Cuando se revierte la autocratización: episodios de cambios de rumbo desde 1900”, 2025.

La autocratización *puede* ser derrotada mediante la resistencia pacífica. Y en el 90 por ciento de los casos documentados de cambios de rumbo, los niveles de democracia se restablecieron a sus niveles anteriores (70 de 102 casos) o mejoraron (22 de 102 casos).

En resumen, los precedentes internacionales sugieren que aún tenemos una oportunidad de salvar la democracia estadounidense. Como señalan los autores con cierta ironía, sus hallazgos demuestran que «la consolidación autoritaria es quizás más difícil de lo que a veces plantea la literatura existente. Una segunda implicación es que los agentes democratizadores tienen una buena probabilidad de revertir la autocratización».

Estados Unidos ha entrado sin duda en un período oscuro donde la posibilidad de salvar la democracia es una *buena* noticia. Pero estas probabilidades deberían ser más que suficientes para animarnos a resistir en lugar de sucumbir al flujo interminable de noticias negativas.

Es hora de asumir riesgos

La resistencia contra Trump no es inútil, pero sí *arriesgada*. *Para* afrontar este momento, más personas y organizaciones tendrán que salir de su zona de confort. No podemos seguir como si nada.

Algunas personas ya han dado la talla. Basta con ver a los innumerables residentes de Chicago que se enfrentan pacíficamente a los agentes del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE). También cabe mencionar a trabajadores federales como Ellen Mei y Paul Osadebe , quienes arriesgaron sus empleos al denunciar irregularidades y exponer cómo el gobierno de Trump está socavando servicios esenciales como la aplicación de las leyes antidiscriminatorias en materia de vivienda y los beneficios del programa SNAP de asistencia alimentaria.

Desafortunadamente, la mayoría de los grupos progresistas, sindicatos e iglesias aún no se han adaptado seriamente al nuevo panorama del autoritarismo en rápida consolidación. Con algunas excepciones notables como Indivisible, demasiados grupos progresistas y de izquierda siguen estancados en sus métodos aislados y de pequeña escala. Y la mayoría de los sindicatos —con excepciones notables como la CTU— han optado por mantenerse al margen debido a la inercia institucional, el temor a provocar la ira de Trump o la preocupación por alienar a los miembros que lo apoyan. Esta no es una limitación menor. «La historia nos muestra que cuando el autoritarismo asoma la cabeza, su arraigo depende de la respuesta del movimiento obrero», señalan Jackson Potter y Alex Caputo-Pearl en un importante artículo reciente sobre cómo el movimiento obrero puede afrontar este momento.

Tras la marcha «No Kings», la gente se pregunta, con razón, qué sigue. Estas marchas han demostrado ser muy numerosas, pero derrotar al trumpismo requerirá una participación aún

mayor y una movilización popular más radical. Así es como lograremos cambiar la opinión pública lo suficiente —y cómo crearemos una crisis lo suficientemente grave para las élites— como para superar las maniobras electorales de MAGA en 2026 y 2028.

Nuestro mayor obstáculo sigue siendo una sensación generalizada de miedo e impotencia, especialmente entre la clase trabajadora.

Nuestro mayor obstáculo sigue siendo una sensación generalizada de miedo e impotencia, especialmente entre la clase trabajadora. Para revertir esta situación, debemos empezar a experimentar con campañas disruptivas, no violentas y llamativas, fácilmente replicables y con potencial para viralizarse a nivel nacional; algo similar al espíritu de movilización popular a gran escala del auge de los derechos de los inmigrantes en 2006, Occupy Wall Street en 2011 o Black Lives Matter en 2020. Y dado que debemos *mantener* esta energía más allá de movilizaciones efímeras, tendremos que aprovechar el impulso de estas acciones para construir una organización de base capaz de expandir e intensificar aún más el movimiento.

¿Cómo podríamos impulsar hoy un movimiento no violento de tal magnitud? Aquí presentamos dos tácticas concretas que podrían tener el potencial de galvanizar un amplio levantamiento nacional contra el autoritarismo.

Viernes de libertad

Dado que la mayoría de los trabajadores tienen demasiado miedo para ir a la huelga, necesitaremos un grupo más pequeño para empezar. La chispa podría surgir de cualquier parte, pero lo más probable es que provenga de sectores de izquierda que enfrentan riesgos de represalias relativamente bajos y están profundamente conectados con la comunidad en general. En primer lugar, se encuentran los estudiantes y profesores de secundaria.

En las ciudades donde Trump ha reforzado la presencia del ICE o enviado tropas, los estudiantes de secundaria, con el apoyo de sus profesores, podrían empezar a manifestarse los viernes por la tarde, saliendo a las calles para enfrentarse pacíficamente a los secuaces

de Trump, impedir sus intentos de secuestrar a nuestros vecinos indocumentados y exigir el fin inmediato de la ocupación armada de nuestras ciudades por parte de Trump. Profesores, estudiantes y familiares que, por cualquier motivo, no puedan faltar a clase o al trabajo, podrán unirse cuando tengan tiempo libre.

Aprovechando la movilización viral en redes sociales y la organización presencial durante el resto de la semana, estas huelgas y acciones tienen el potencial de extenderse rápidamente, comenzando en una o dos escuelas, hasta abarcar todo un distrito escolar, e involucrar a familiares, trabajadores y residentes. Una vez que una ciudad demuestra su viabilidad, es muy probable que esta táctica se propague rápidamente a otras ciudades, generando una reacción en cadena similar a las huelgas climáticas estudiantiles de ” Fridays for Future ” de 2018-19.

Si bien es más probable que los “Viernes de Libertad” se popularicen actualmente como respuesta a los secuestros e invasiones urbanas de Trump, esta táctica podría utilizarse para cualquier tema ampliamente sentido, incluidos los ataques a la libertad de expresión, los servicios públicos esenciales, los derechos LGBTQ o el derecho al voto en el Sur.

Sin reyes, no hay negocios como de costumbre

Los gobernantes autoritarios solo pueden sobrevivir mediante la cooperación de pilares clave de la sociedad, como las empresas, las escuelas, la administración pública, las iglesias y los medios de comunicación. Por eso, nuestra mejor opción para derrotar al régimen de Trump es presionar a estas instituciones para que se distancien del autoritarismo y se unan, explícita o tácitamente, al movimiento de masas por la democracia. Como señalan los expertos en tácticas antiautoritarias eficaces: «Si estas organizaciones e instituciones comienzan a retirar su apoyo al oponente (e incluso algunas podrían empezar a apoyar activamente al movimiento), el oponente ya no podrá mantener el control».

La experiencia internacional sugiere que la táctica más eficaz para expresar este tipo de amplia alianza antiautoritaria es una huelga general de base amplia —a veces denominada

paro cívico— que incluya no solo a los trabajadores, sino también a los gobiernos locales que los apoyan, iglesias, medios de comunicación, asociaciones profesionales e incluso algunas empresas. Lamentablemente, actualmente no tenemos la fuerza suficiente para lanzar un paro de esta magnitud. Los principales pilares institucionales de nuestro país se están doblegando ante Trump, no ha habido huelgas espontáneas de base y la mayoría de los líderes sindicales siguen siendo exasperantemente reacios al riesgo .

Nada disipa la desesperación como un plan claro para ganar, con pasos sencillos y prácticos que involucren a millones de personas comunes.

Afortunadamente, las huelgas generales no son la única táctica poderosa de nuestra parte. Nuestra mejor opción podría ser lanzar una campaña de organización coordinada que culmine en una jornada de acción con el lema «Sin reyes, sin normalidad». En una fecha determinada —probablemente el 1 de mayo de 2026, fecha en la que se está organizando la coalición May Day Strong—, individuos, organizaciones e instituciones pueden participar en una amplia gama de tácticas pacíficas pero disruptivas para presionar a los pilares de apoyo a que se alejen del régimen de Trump.

Según su tolerancia al riesgo, las personas podrían faltar al trabajo o a la escuela por enfermedad, negarse a comprar, organizar charlas informativas en la escuela o el trabajo, ir a la huelga o participar en actos de desobediencia civil no violenta y marchas con el objetivo de debilitar al mayor número posible de los pilares del apoyo a Trump. Las empresas podrían poner fin a su amplia connivencia con el régimen, adherirse a compromisos a favor de la democracia, cerrar voluntariamente el día de la acción, colocar carteles de «No Kings» en sus escaparates o páginas web, o al menos optar por no penalizar a quienes se ausenten del trabajo o falten por enfermedad. Los distritos escolares podrían combinar el cierre de escuelas, charlas informativas masivas y excursiones a mítines. Y las iglesias y los funcionarios electos locales podrían respaldar el día de acción y contribuir a la participación.

Esto no sería otra marcha aislada de fin de semana de No Kings. Sería mucho más disruptiva, centrada en presionar a los pilares del apoyo a Trump para que rompieran con él, en lugar de

simplemente protestar en general. Y quizás lo más importante de todo es que se basaría en meses de organización sostenida y de cara al público. Para construir un movimiento poderoso, lo que sucede *entre* las acciones es fundamental.

Un gran evento nacional de lanzamiento con invitados destacados podría entusiasmar a la gente y explicar la estrategia de la campaña. En los meses previos a la acción, todos —trabajadores, estudiantes, consumidores, vecinos, feligreses— podrían concentrarse en presionar a los pilares clave de la sociedad para que se posicionen. Generaríamos esta presión principalmente a través de la esencia de una buena organización: hablar con quienes aún no se han sumado y pedirles que realicen una pequeña acción para mostrar su apoyo, como firmar una petición a un director ejecutivo o asistir a una reunión del consejo escolar o de la asociación de padres y maestros.

Los estudiantes se pondrían en contacto con todos sus compañeros, los trabajadores con sus colegas, los inquilinos y propietarios con sus vecinos, los feligreses con sus líderes religiosos y demás miembros de la congregación, y así sucesivamente. La implementación práctica variará mucho según la ciudad y la región, pero las capacitaciones nacionales en organización, las estructuras organizativas distribuidas y las herramientas conjuntas —peticiones, carteles para jardines y fachadas de tiendas, chapas, etc.— pueden ayudar a superar las barreras organizativas y a generar una campaña nacional cohesionada de una magnitud y unidad sin precedentes.

Fundamentalmente, en este proceso, tendríamos que escuchar atentamente las opiniones de quienes están fuera de nuestros círculos progresistas y encontrar maneras concretas de demostrar cómo el autoritarismo de Trump perjudica a los estadounidenses comunes mediante precios más altos, menos empleos de calidad y menor seguridad y libertad. Para los trabajadores que salieron perdiendo en la política anterior a Trump, no siempre es evidente por qué deberían preocuparse tanto por preservar las normas democráticas de un sistema que los dejó de lado.

A todas las grandes instituciones estadounidenses se les planteará una pregunta una y otra

vez, de forma amistosa pero directa: ¿De qué lado están: del pueblo o de los autócratas? Esta pregunta tendrá consecuencias nefastas, ya que las grandes empresas y otras instituciones poderosas que se nieguen a adoptar medidas a favor de la democracia antes de una fecha límite se convertirán en objetivos de desestabilización el día de la acción y posteriormente.

En un momento en que la administración Trump está blandiendo una bola de demolición contra nuestro futuro, la opción más arriesgada es no hacer nada.

Aunque en un principio muchos organismos poderosos se negarán a apoyar la jornada de acción —seguramente serán necesarios muchos ciclos posteriores de divulgación y jornadas de protesta no violenta—, centrarse en desmantelar los pilares de apoyo de Trump es crucial porque la gente común puede ver cómo sus acciones pueden marcar la diferencia de forma real.

Parte de la dificultad para ir más allá de las protestas aisladas contra Trump radica en la escasa influencia que tenemos sobre él entre elecciones. La gente suele asistir a mítines y luego regresar a casa sin mucho que hacer. Sin embargo, a nuestros pares les resulta evidente cómo presionar a empleadores, empresas, iglesias, medios de comunicación, escuelas y demás, incluyendo a los sindicatos más reacios al riesgo. Nada disipa la desesperación como un plan claro para lograr el éxito con medidas sencillas y prácticas que involucren a millones de personas comunes.

El coraje es contagioso

No hay garantía de que estas campañas propuestas tengan éxito. A veces, incluso las tácticas mejor planeadas fracasan; a veces, incluso los movimientos más heroicos pierden. La resistencia siempre conlleva riesgos. Pero en un momento en que el gobierno de Trump está destruyendo nuestro futuro, la opción más arriesgada es no hacer nada.

Trump quiere hacernos creer que es imparable, porque quienes se sienten impotentes no se defienden. Ignoren sus mentiras. Podemos *frustrar* su intento de usurpar el poder

y *construir* un país donde todos, no solo los ultrarricos, puedan prosperar. Sin embargo, para que ese futuro se haga realidad, se requiere mucha más valentía por parte de muchas más personas.

Cuando un gran número de estadounidenses comunes se atrevan a ejercer su poder colectivo, todo puede pasar. Como decía el cartel que mi madre hizo a mano en la manifestación “No Kings” del sábado pasado: “El coraje es contagioso”.

Eric Blanc, profesor adjunto de estudios laborales en la Universidad de Rutgers. Escribe en el blog *Labor Politics*de Substack y es autor de *We Are the Union: How Worker-to-Worker Organizing is Revitalizing Labor and Winning Big (Somos el sindicato: cómo la organización de trabajador a trabajador está revitalizando el movimiento obrero y logrando grandes éxitos)*.

Fuente: Tomado de la Revista Jacobin 28 de octubre 2025.